

## *Una Mirada a Rabindranath Tagore\**

*Olga Lolas*

El Ganges es la vida de la India: sus lustrales aguas han acariciado con mano de seda cuerpo y alma de todo lo que nace y crece y hasta él llega para beber la paz en busca del samsara y el nirvana.

No inútilmente generaciones y generaciones van a lavarse y a adorar al Ganges, y sus dulces aguas son transportadas a los lugares más remotos para las abluciones religiosas, y nunca sufren ningún proceso de descomposición.

Para los brahmines, beber el agua del Ganges es quedar liberado de toda culpa. En las ceremonias matrimoniales de aquellos que viven a 300 ó 400 leguas del río, el agua es transportada en vasijas de barro, y se dan tres tazas a cada invitado. La generosidad del novio está en proporción directa con la cantidad de agua ofrecida.

El Tigris y el Eufrates, el Nilo y el Jordán, son ríos que fundan la historia de los pueblos, y que van unidos a ritos y cultos religiosos. Cristo se bautiza en el Jordán, "porque es necesario nacer de nuevo, renacer del agua y del espíritu". El libro de Ezequiel, Cap. 47, ver. 9, p. 1341 dice: "Y todo animal viviente que se agita vivirá dondequiera llegue el torrente, habrá peces en cantidad, pues dondequiera que lleguen estas aguas todo quedará saneado, y habrá vida dondequiera que llegue el río". Y en San Juan, Cap. II, ver. 6, p. 1600: "Había allí seis tinajas de agua destinadas para las purificaciones de los judíos, con capacidad cada una de dos o tres metretas". Y también en San Juan, Cap. IV, ver. 6, p. 1603, el inolvidable diálogo de Cristo con la Samaritana: "Allí estaba la fuente de Jacob. Y Jesús fatigado del camino, se sentó junto a la fuente. Era ya cerca del mediodía. Llegó una mujer de Samaria a sacar agua. Dícele Jesús: Dame de beber.

\* Los textos de Tagore seleccionados para este artículo están transcritos de su OBRA ESCOJIDA, 3ª ed., Aguilar, Madrid, 1958. Traducida del bengalí por Zenobia Camprubí de Jiménez. La voz *estampa* para la designación de ellas ha sido propuesta por la autora de este trabajo, de modo que todas las *estampas* que se publican con la indicación de su página inicial, provienen de dicha OBRA ESCOJIDA.

Y como un eco de este diálogo eterno, escuchemos ahora la voz de Tagore en la Ofrenda Lírica.

*“Nada te pedí; ni siquiera te dije mi nombre al oído. Y cuando te despediste me quedé silenciosa.*

*Yo estaba sola junto al pozo donde caía la sombra oblicua del árbol. Las mujeres volvían a sus casas con sus cántaros morenos de barro rebosantes, y me gritaron: “¡Vente, que va a ser mediodía!” Pero yo me retardaba lánguidamente, perdida en vanos pensamientos.*

*No oí tus pasos cuando venías. Cuando me miraste, tenías tristes los ojos; con qué fatigada voz me dijiste bajo: “¡Ay, qué sed tiene el pobre caminante!” Desperté sobresaltada de mis ensueños, y eché agua de mi cántaro en tus palmas juntas... Las hojas se rozaban sobre nuestras cabezas, el cuco cantaba desde la sombra invisible, y de la revuelta del camino venía el perfume de las flores del babla. Cuando me preguntaste mi nombre, ¡me dio una vergüenza! Verdaderamente, ¿qué había yo hecho para merecer tu recuerdo? Pero el recordar que yo pudiera quitarte tu sed con mi agua se me ha quedado cojido al corazón, y lo envolverá para siempre de su dulzura”.*

*(Estampa 54. Ofrenda Lírica, p. 204).*

Ya pasó la mañana, el pájaro canta monótono, las hojas del nima murmuran allá arriba. Y yo, sentada, pienso, pienso sin una palabra... he cogido a la noche en la cuenca de mis manos hasta que me ha florecido en loto... he visto la Paz en el polvo de los caminos siguiendo los rebaños al atardecer... la he visto penetrar con su blanca túnica en los ashram, hasta el interior de las almas. La he visto entrar y salir, tomar de la mano a los niños, a los ancianos, a los pobres, y envolverlos en su blanco éxtasis, o llevarlos hasta alcanzar las alas últimas del sadhna... hasta quedar sin recuerdos. Todo esto para acercarme recién, con quedos pasos, a la poesía de Tagore, que esta noche irrumpe aquí, con toda su luz de mayo, la luz primera con que sus ojos se asomaron al mundo. Luz a la que habría de cantar apasionado y para siempre.

*“¡Luz, luz mía, luz que llenas el mundo, luz que besas los ojos, que hace dulce el corazón!*

*¡Ay, cómo salta la luz, amor mío, en medio de la vida! ¡Cómo hierve, amor mío, las cuerdas de mi amor! El cielo se abre, y corre loco el viento, y la risa se desboca por toda la tierra.*

*Las mariposas tienden sus velas por el mar de luz, y sobre la cresta de las olas de luz, abren lirios y jazmines.*

*La luz se derrite en oro en cada nube, amor mío, y luego se derrama en pedrerías sin fin.*

*Un alborozo nuevo va de hoja en hoja, amor mío, un gozo sin límites. ¡El río del cielo ha roto sus riberas, y todo brilla, inmensamente inundado de alegría!”*

*(E. 57, Ofrenda Lírica, p. 205).*

Esta es la luz que el 7 de mayo de 1861, en Calcuta, lo acoge en su esplendor, la que iluminará la vida y la obra del poeta y le ayudará a encontrar en el contacto íntimo con la naturaleza su propia verdad (SOARES).

A Tagore se le ha llamado poeta místico, religioso, o santo; pero ante todo y por sobre todo, es un poeta, y un poeta lírico. Un poeta es un poder, el gran poder. Un poder que nos lleva hacia lo más hondo de nosotros mismos, hasta encontrarnos en su palabra con nuestra propia verdad. El poeta es siempre un profeta, sabe los caminos y por eso no necesita mapas ni brújulas, y, aunque Dios se le oculta a veces, sabe que su voz, cuando lo llama, acallaría el mar y las tormentas. Esa voz llegó muchas veces hasta Tagore, una vez en lengua veda; fue en los ashram más antiguos de la India, y la voz clamó desde el santuario: “Venid a mí como los ríos al mar, como los días y las noches al completarse su ciclo anual. Demos y enseñemos la verdad en medio de la luz resplandeciente. No nos peléemos unos con otros. Vayan derechos nuestros pensamientos a su bien Supremo” (TAGORE, 1958, p. 1230).

Es el momento en que Tagore asume su destino de poeta y responde desde lo más profundo de su corazón al llamado a la necesidad de la diaria purificación, a la vida sencilla y a la luz de la visión espiritual, pureza de corazón y armonía con el universo en la conciencia de la personalidad infinita en toda creación.

A poetas como Tagore, capaces de romper con lo que él mismo denomina el exclusivismo de su vida literaria, que se va a vivir al santuario de Santiniketan que su padre había fundado, para compenetrarse con la verdad eterna de la vida, a estos poetas de plenitud de vida interior, tenemos que hacerles un espacio y un tiempo de bosques y de aires con albos, en nuestra propia morada. Y esta comunicación ha de ser clara y distinta con los cinco sentidos alertas, afinados para el acordado son con que se llega a Dios.

*“¿Cómo cantas Tú, Señor? ¡Siempre te encuentro mudo de asombro!  
La luz de tu música ilumina el mundo, su aliento va de cielo a cielo, su raudal santo  
vence todos los pedregales y sigue, en un torbellino, adelante.  
Mi corazón anhela ser uno con tu canto, pero en vano busca su voz. Quiero hablar,  
pero mi palabra no se abre en melodía; y grito vencido. ¡Ay, cómo me cojes el corazón  
en el enredo infinito de tu música, Señor!”*

*(E. 3, Gitánjali, p. 182).*

Espera hablar, que su palabra se abra en melodía, “*mi corazón anhela ser uno con tu canto*”, pero para ello sabe que su palabra debe retornar a los orígenes, retomar su luz primera y así en otra estampa de la misma obra nos dice:

*“Mi canción sin el orgullo de su traje, se ha quitado sus galas para ti. Porque ellas estorbarían nuestra unión, y su campanilleo ahogaría nuestros suspiros. Mi vanidad de poeta muere de vergüenza ante ti, Señor, poeta mío. Aquí me tienes sentado a tus pies. Déjame sólo hacer recta mi vida sencilla, como una flauta de caña, para que tú la llenes de música”.*

(E. 7, *Gitánjali*, p. 183).

Sabe que las palabras sólo pueden ser usadas como figura retórica, que deben ir hacia Dios sin el orgullo de su traje, sin sus galas, porque ellas estorbarían la unión...

“*Como una flauta de caña*” que el signo lingüístico no pueda dividir ni nunca llenar.

Las obras de Tagore están escritas en bengalí; él quiere volver a su lengua madre, cuenta a sus hijos y a los niños de las escuelas, historias en bengalí. Sus discursos en la Universidad de Calcuta son todos en bengalí. Una vez, con motivo de una distinción que se le otorgó, el discurso de homenaje fue en inglés, y él agradeció en bengalí. Desde entonces la lengua bengalí se instauró en el sitio que le correspondía en todos los actos públicos, y hoy ya es una costumbre.

Es en este bengalí, en esta lengua de su primera palabra y cuyo rumor no conocen nuestros oídos, construida de piedra y cielo de los Himalayas, con pedazos de sol y lagos acostumbrados a la noche, como Tagore nos entrega su imagen del mundo. Su verbo se nutre de los restos de reliquias y ritmos de las canciones que hace milenios los montañeses entonaban como sus himnos al sol, desde lo profundo de los bosques y los valles perdidos en el Nepal... de entre las raíces y la sombra de los árboles eternos. Lengua ardiente, quemante, que sigue el curso del sol hasta encontrar las esencias últimas. Esta lengua cuyo ritmo sube y baja de los Himalayas al Ganges y a cuyo paso se abre el asombro, pertenece a la familia de lenguas que no entregan su secreto sino a unos pocos capaces del milagro, que en este caso se llama: Tagore. Está hecha del alma misma del pueblo, de este pueblo de la India, que hoy, en bengalí, canta por todos los caminos las canciones más populares de Tagore, en la que a diario se comunica y renueva de sol a sol sus indecibles secretos. Lengua de héroes y de santos, traspasada de patriótico fervor, temblorosa de los claroscuros de toda creación artística.

Pero, nosotros, hoy aquí en Occidente, tenemos de Tagore traducciones inglesas que él mismo preparó. La primera de ellas, *Gitánjali*, la realizó en una travesía entre Calcuta y Londres. Estaba enfermo y el médico había recomenda-

do reposo; como un pasatiempo, le permitió traducir. El la hizo a petición de sus amigos y creyó que bromeaban frente al asombro con que la acogieron. Sin embargo, nunca sabremos qué hay en esa solución de continuidad que va desde el bengalí al inglés y de ahí al español. Toda traducción es un remedo, un intento de asir el alma en una forma que no es la que le pertenece ¿Cómo será ese mundo de Tagore abierto a su única e irreversible palabra?

Gran parte de su obra permanece inédita, y los eruditos dicen que su mundo poético es infinitamente más rico y vario de lo que sospechan los lectores de Occidente; la imagen que de él predomina —agregan— está falseada por la unilateralidad de la visión ¿Cómo llegar al poeta? ¿Por cuáles caminos? La historia en estos casos, los hechos externos a los que pertenecería su biografía no nos ayudan mucho. De Tagore no tiene objeto hacer una biografía. Hay un solo lugar de encuentro con él, su propia obra. Su filosofía contiene su propia dinámica, no acepta los métodos de estudio por etapas en las que se hacen visibles, por ejemplo, las de Vaisna Upanisadic y varias otras. Es verdad que puede seguirse la evolución de sus ideas, pero es mejor buscarlas en el fondo de sus poemas, dramas, narraciones, y no en una biografía construida desde fuera. Es la misma distinción que Unamuno hace entre historia e intrahistoria. Uno de los críticos de Tagore nos dice que para explicar uno de sus poemas, no hay nada mejor que otro poema suyo. Y esto es válido para toda su obra, siempre distinta y siempre la misma, como el río o la montaña, donde se detuvo el cielo, eternos y cambiantes. Y, el río, nos canta en su obra LA LUNA NUEVA:

*“Hijo mío, vamos río abajo por la existencia. Nuestras vidas tendrán que separarse y nuestro amor se perderá. Quiero darte algo... ¿Qué te daría yo? ¡Ay!, pero ¿seré tan tonta que intente comprar tu corazón con regalos?*

*Tu vida empieza, es largo tu camino. De un sorbo apuras el amor que te damos y te vuelves a ir corriendo del lado nuestro. Tienes tus amigos y tus juegos, y es natural que se te pase el tiempo sin pensar en nosotros.*

*Nuestra vejez, en cambio, ¡es tan ociosa! ¡Nos sobran tantas horas para contar los días que pasaron y acariciar en nuestro corazón lo que nuestras manos perdieron para siempre!*

*El río rompe alegremente todos los diques y se va cantando. La montaña se queda, y lo recuerda, y lo sigue con su amor”.*

(E. 37, *La Luna Nueva*, p. 115).

Y el símbolo, lo es también de toda palabra poética, quiere aprisionar el río, y el río quiere romper todos los diques. A nosotros nos queda el recuerdo de su curso, de su ser y su pasar, la amorosa sombra de la montaña: el texto.

La verdadera evolución de su obra la señala el anhelo cada vez más intenso de la obra perfecta, el gozo de alcanzar lo Infinito, en el seno de lo Finito. Esta es

una de las ideas permanentes en su original filosofía. En *EL ASCETA*, que pertenece a su obra dramática, nos dice: “*puede considerarse como una introducción a toda mi labor literaria posterior, o, mejor dicho, es el suyo el tema en que todas mis obras se apoyan: el gozo de alcanzar lo Infinito, en el seno de lo Finito*” (TAGORE, 1958, p. 31).

Su infancia es tan semejante a la de Amal, el niño de su obra dramática *EL CARTERO DEL REY*. Es un querer asomarse continuamente a la libertad de la naturaleza. Siente a los pájaros, los ve ir y venir, el llamado penetrante de las flautas, de los grillos cantando en el bosque, y quiere ser pájaro: “*El pájaro manso vivía en la jaula, y el pájaro libre en el bosque... Decía el pájaro libre: “Entre rejas no pueden abrirse las almas. ¡Ay!, decía el pájaro preso, ¿sabré yo posarme en el cielo?”*” (Tagore, 1958.).

Es el primer aprendizaje, “*saber cómo posarse en el cielo*”. Su familia vivía muy anclada en sí misma y a los hijos se les educa en casa. Sin juguetes, sin avidez posesiva. A él y a sus 7 hermanos —él es el menor— el padre los educa muy sencillamente. Entonces empieza a abrir las alas de todos los sueños. Logra así evadirse del portón que era el límite impuesto por el padre. Y como Rabí —el sol— en lengua bengalí, quería traspasarlo, ir más allá, pide insistentemente ir a la escuela, como única forma de liberarse de la cárcel del hogar y de la tutela impositiva de los criados. Sin embargo, muy pronto descubre que la escuela con sus severas disciplinas pedagógicas, y la actitud de algunos maestros, es aún más intolerable que su propia casa.

Y en *TRÁNSITO*, obra de su *LÍRICA BREVE*, clama:

*“¡Dame la libertad de los pájaros de las maniguas, vagadores de las sendas nunca vistas!*

*¡Dame la libertad del torrente de las lluvias, la libertad de la tormenta, que, sacudiendo su greña, se precipita hacia su fin desconocido!*

*¡Dame la libertad del fuego de la floresta: del trueno que se ríe a carcajadas retando a la oscuridad!”*

(E. 42; p. 322).

Y este mismo anhelo de luz y libertad como leit motiv permanente en su obra, se asoma también en la Estampa 39.

*“Hacia mucho tiempo que no venía a mi casa ningún huésped; y mis puertas estaban cerradas con llave, y mis ventanas tenían echado el aldabón. Pensé que mi noche sería solitaria. Pero abrí mis ojos, y vi que la oscuridad se había desvanecido.*

*Me levanté, y corrí; y los cerrojos de mis maderas estaban todos saltados, y por la puerta de par en par, tu viento y tu luz tremolaban sus banderas.*

*Mientras fui prisionero de mi casa, y tuve cerradas mis puertas, mi corazón estaba*

*siempre pensando en huir y vagar. Ahora, ante mi portón caído, me estoy quieto, esperando tu venida.  
Me tienes atado con mi libertad”.*

*(E. 39, Tránsito, p. 322).*

A los 12 años, junto con sus dos hermanos mayores, se le inviste con el hilo sagrado de los brahmines. Por entonces sus hermanos aceptan que no vaya a la escuela y empieza a recibir lecciones en casa. Sus maestros son todos muy liberales. Pero, sin duda, no hubo para él mejores maestros que la naturaleza y su padre, con el que emprende largos viajes a través de la India. La observación de la realidad y sus continuas y diversas lecturas van perfilando su visión interior.

Entre los 13 y los 17 años convive en el mundo adulto de Jorasanko, la casa paterna en Calcuta. Hasta ella llegan las más connotadas personalidades de la época. Aprende así a escuchar y empieza a abrirse su mente a las opiniones y pensamientos de quienes viven y promueven lo más selecto de la cultura. Era su casa como un gran ashram. Comúnmente, convivían allí más de cien personas.

Se ha llamado a Tagore occidentalista incondicional. Probablemente por la amplitud de su cultura, ciudadano del mundo, está más allá de fronteras territoriales o culturales. Su espíritu no las reconoce, y lo que propende como uno de sus más altos ideales, es a la unidad de Oriente y Occidente. Por eso Romand Rolland dice de él que ha contribuido más que nadie a la unidad de estos dos hemisferios espirituales.

Hombres son los que habitan ambos hemisferios y él no puede separarlos, en blancos y negros, en buenos y malos. Tagore fue un profundo conocedor de la cultura europea, su poesía, filosofía, arte. Nada de ella le era ajeno. Su familiaridad con las formas del pensar occidental era tan espontánea, que hizo posible que su obra se adentrara en el alma europea, porque él, aunque oriental, logró, sin embargo, liberar a su palabra de todos los oropeles que le impedían su acceso a Occidente, pero manteniendo incólume su más pura esencia asiática. Nada de Occidente modificó su esencia, su ritmo vital, su profundo y sereno ser. No necesitó el apoyo intelectual de Occidente, y aunque reconoció su progreso científico como su mejor don, avisó el peligro de su fuerza, como una limitación o petrificación del espíritu humano. El hombre masa que empezaba a hacerse visible en Occidente podía mirar hacia la creatividad oriental, hacia uno de sus actos siempre personales y únicos. Es verdad que la extrema espiritualidad de la India requería de otras organizaciones sociales. Comprendió que el progreso espiritual de la humanidad es uno e indivisible, que nada de lo que ocurra en Occidente puede dejar de repercutir en el Oriente, que son un mismo río que va hacia un mismo mar.

*“El Jumna corría allá en lo hondo, ligero y claro. Arriba, ceñudo, el tajo alzaba su frente. Y montes de oscuro verdor, cicatrizados de torrentes, se agrupaban en torno. Govinda, el gran maestro Seike, leía, sentado en la roca, las escrituras; cuando Raghunath, su discípulo, orgulloso de sus riquezas, llegó hasta él y le dijo inclinándose: “Te traigo un pobre regalo, indigno de ser aceptado por ti”. Y lució ante su Maestro un par de brazaletes de oro y piedras preciosas.*

*Cojió el Maestro uno de ellos y lo hizo jirar en su dedo; y las piedras echaban flechas de luz. De pronto se le salió del dedo el brazalete, y cayó, saltando por la roca, al agua. Raghunath dio un grito y se arrojó al río. El Maestro volvió sus ojos al libro. Y el agua aprisionó y ocultó su robo, y siguió su curso.*

*Cuando Raghunath volvió, cansado y chorreante, a su Maestro, el día se estaba ya apagando. Anhelante, le dijo: “Si me dices dónde cayó el brazalete, quizá pueda encontrarlo todavía”.*

*El Maestro cojió el otro brazalete, y tirándolo al agua, le respondió: “¡Allí!”*

*(E. 12, La Cosecha, p. 235).*

Hablar de occidentalismo o nacionalismo, o de sistema en la obra o en la vida de Tagore, sería —como él lo expresara— olvidar el principio divino de la unidad que ha sido siempre el de una interrelación interna. Y si de nacionalista se le quiere encasillar, escuchemos de qué nacionalismo se trata.

*“Permite, Padre, que mi patria se despierte en ese cielo donde nada teme el alma, y se lleva erguida la cabeza; donde el saber es libre; donde no está roto el mundo en pedazos por las paredes caseras; donde la palabra surge de las honduras de la verdad; donde el luchar infatigable tiende sus brazos a la perfección; donde la clara fuente de la razón no se ha perdido en el triste arenal desierto de la yerta costumbre; donde el entendimiento va contigo a acciones e ideales ascendentes.*

*¡Permite, Padre mío, que mi patria se despierte en ese cielo de libertad!”.*

*(E. 35, Gitánjali, p. 194).*

El valor de la interrelación adquiere su real sentido en varios pasajes de su obra. Para él es la verdad fundamental en este mundo de apariencias. El hombre en su desapego se realiza a sí mismo en una relación más amplia y profunda con el universo. En su vida moral tiene el sentido de su obligación y su libertad, al mismo tiempo, y ésta es la fuente de la bondad.

Tal vez nada cueste más esfuerzo al hombre que derrumbar los muros de su propio yo, abrirse a esta libertad sin nombre: ni occidentalismo, ni nacionalismo, ni razas, ni religiones, en la búsqueda de la unidad y de Dios.

Son innumerables las páginas de santos y pensadores de todos los tiempos

que insisten en la dificultad de vencer el propio yo, que Occidente cultiva con especial dedicación.

Así, en la *THEOLOGIA GERMANICA*, citada por Huxley, se afirma que:

*“Nada arde en el infierno sino el yo”* (p. 177).

Y en un fragmento *DEL SERMÓN DEL FUEGO DE BUDA*, también seleccionado por el mismo autor, se expresa que *“Arde la mente, arden los pensamientos. La conciencia mental y las impresiones recibidas por la mente, y las sensaciones que brotan de las impresiones que la mente recibe —éstas también arden* (p. 178).

*“Y ¿cuál es el fuego en que arden? El fuego de la codicia, el fuego del rencor, el fuego del apasionamiento; arden de nacimiento, vejez y muerte, de pena y lamentación, de pesar y desesperación”*. (Tagore, 1958, p. 178).

Y Bhagavad Gita agrega: “El hombre es hecho por su creencia. Según cree, así es”. (Bhaktivedanta).

Veamos, ahora, algunas estampas de Rabindranath Tagore, de su obra *Gitánjali*, donde se manifiesta este poder de revelación.

*“Firmes son mis ataduras; pero mi corazón me duele si trato de romperlas.  
No deseo más que libertad; pero me da vergüenza su esperanza.  
Sé bien qué tesoro inapreciable es el tuyo, que tú eres mi mejor amigo; pero no tengo  
corazón para barrer el oropel que llena mi casa.  
De polvo y muerte es el sudario que me cubre ¡Qué odio le tengo! Y, sin embargo, lo  
abrazo enamorado.  
Mis deudas son grandes, infinitos mis fracasos, secreta mi vergüenza y dura. Pero  
cuando vengo a pedir mi bien, tiemblo temeroso, no vaya a ser oída mi oración.”*  
(E. 28, *Gitánjali*, p. 191).

*“Salí solo a mi cita ¿Quién es ese que me sigue en la oscuridad silenciosa?  
Me echo a un lado para que pase, pero no pasa.  
Su marcha jactanciosa levanta el polvo, su voz recia duplica mi palabra.  
¡Señor, es mi pobre yo miserable! Nada le importa a él de nada; pero ¡qué vergüenza  
la mía de venir con él a tu puerta!”*

(E. 30, *Gitánjali*, p. 192).

Nos recuerda también el momento del evangelio cuando el joven rico le pregunta a Cristo qué debe hacer para salvarse. Experiencias semejantes se observan también en la elaboración de su obra, en la búsqueda de la palabra poética y en el abandono de actitudes de lloroso subjetivismo, egoístas o de falsas metafísicas, presentes en sus primeras obras.

La búsqueda de la belleza alienta toda su obra, y exige cosas tan cotidianas y concretas como, por ejemplo, una mesa donde trabajar.

Equivale a lo que con otras palabras nos dijo respecto de abrir a lo exterior su

recóndito yo, para celebrar en los cantos de la mañana la súbita apertura de un portón. Pareciera que ese portón que limitó la libertad de su infancia, y cuya apertura celebra, trae una nueva visión del mundo, de la belleza inaprehensible y eterna.

*“Entre el estruendo del mar de la vida, tú, ¡oh Belleza!, yergues, muda e inmóvil, tu piedra solitaria. A tus pies, el Tiempo, arrobado, te suplica: “¡Háblame, háblame tú, amor mío, háblame tú!”*

*Pero tu palabra sigue cautiva en tu dura frialdad, ¡oh Belleza inmutable!”*

*(E. 60, El Jardinero, p. 158)*

Su trabajo empieza a las cuatro de la mañana con una profunda meditación. Se desayuna muy temprano y es el momento en que aprovecha de conversar con sus amigos, de leer con ellos sus poemas, de compartirlo todo. Sin embargo, según palabras de su hijo, era extremadamente variable en su humor: podía en ciertos momentos romper todas sus reservas, o ensimismarse hasta hacerse inaccesible. A veces cuando jugaba con los niños, se confundía con uno de ellos. Su naturaleza era profundamente afectiva e inspiradora al mismo tiempo de reverencia y asombro. Era extraordinario su poder de concentración y capacidad creativa. Podía sin dificultades pasar al mismo tiempo de la composición de un poema, a una novela o a un drama o discurso, y sin que las visitas que recibía constantemente le impidieran concentrarse. Durante el día el calor tampoco parecía afectarle. Entraba el aire cálido por ventanas y puertas siempre abiertas. Sus lecturas las hacía de noche. Dormía escasamente cuatro o cinco horas. Su descanso consistía en pintar o componer canciones. Su talento de pintor lo descubrió la sudamericana Victoria Ocampo. Sentía que la vida del hombre era como la imagen que él nos entrega del caminante. Camino y caminante, el caminante a quien no se puede retener y que conoce los secretos de todos los caminos.

*“¿Te vas, caminante?... La noche se ha callado y la sombra se desmaya sobre el bosque. En nuestros balcones lucen vivas las lámparas, frescas las flores, abiertos, todavía, los ojos de la juventud. ¿Es ya hora de dejarnos? ¿Te tienes que ir, caminante?”*

*¿Qué fuego inagotable te quema los ojos? ¿Qué fiebre inquieta hierve en tu sangre?  
¿Qué voz de la sombra te hostiga? ¿Qué terrible enigma has descifrado en las  
estrellas, que así entra la noche en tu corazón, silenciosa y extraña, con secreto  
mensaje?”*

*Caminante, ¿qué espíritu inquieto se ha entrado en tu corazón, del corazón de la noche?"*

*(E. 63, El Jardinero, p. 160).*

De su obra EL JARDINERO, salta como de un manantial, el canto a la vida, a la mujer, a la tierra, a la muerte... Himnos en que la nostalgia y los anhelos caen con la levedad de la hoja arrastrando su cielo, o aparecen con la misteriosa inquietud de la saeta de todos los deseos.

*"Como corre la gacela, loca de su propio perfume, por la sombra de los bosques, así esta noche del corazón de mayo, caliente de la brisa del Sur, corro yo, loco. He perdido mi camino y yerro al azar. Y quiero lo que no tengo, y tengo lo que no quiero. La imagen de mi propio deseo se sale de mi corazón, y, danzando ante mí, centellea una y otra vez, súbita. La quiero cojer, y se me va; y, ya lejos, me llama otra vez desde el atajo... Y quiero lo que no tengo y tengo lo que no quiero".*

*(E. 15, El Jardinero, p. 136).*

Escuchemos su canto a la tierra.

*"La riqueza innumerable no es tuya, madre oscura, polvo resignado. Trabajas y trabajas para las bocas de tus hijos, mas tu alimento no nos basta. Tu don de alegría jamás es perfecto.*

*Tu sonrisa sombreada de dolor es dulce a mis ojos. Tu amor sin realidad es caro a mi corazón.*

*Nos has dado a tu pecho la vida, no la inmortalidad, y estás siempre con los ojos inquietos. Sobre la belleza que has creado flota siempre la bruma de las lágrimas...*

*Pero ten mis canciones para tu corazón silencioso, mi amor para tu amor. Te cansaré trabajando, porque he visto tu cara tierna, y te amo, ¡polvo triste, madre tierra!"*

*(E. 73, El Jardinero, p. 167).*

En su canto a la mujer, el eterno femenino se define como faena humilde y cotidiana, de amor sin mengua y comprensión sin límite.

*"Te alabo, mujer, porque con una mirada puedes robar al arpa toda su riqueza melodiosa, y ni siquiera escuchas sus canciones.*

*Te adoro porque, pudiendo humillar las cabezas más altivas del mundo, amas a los desconocidos de la tierra.*

*Me conmueves porque esos brazos, cuya hermosura diera gloria a un rey, son los esclavos diarios de tu hogar humilde.”*

(E. 80, *El Jardinero*, p. 170).

Otra constante en su obra la constituye la imagen del tiempo, ¿qué es para Tagore el tiempo? ¿De qué sustancia está hecho? ¿Cómo aflora e invade su palabra? Es el sentimiento de la ausencia, del perpetuo cambio, como el del curso del Ganges, porque a igual que el alma, el lecho del río cambia constantemente y la planicie del Ganjes está llena de alvéolos secos, de imágenes del transcurrir de su Presencia, ¿es lo que en el Occidente llamamos recuerdo?, ¿aquello con que pretendemos llenar los vacíos, aprehender lo fugitivo, revistiéndolo de imágenes?

*Me dejaste y seguiste tu camino... Creí que iba a morir de dolor y puse en mi corazón tu imagen solitaria, en una canción de oro. Pero ¡ay, qué pícara suerte la mía!... porque el tiempo vuela.*

*Se seca la juventud año tras año, los días de primavera se van, mueren las leves flores en vano, y el sabio me advierte que la vida es como una gota de rocío en una hoja de loto... Y ¿he de dejarlo todo y quedarme mirando a quien se fue de mí? ¡Qué falta de cortesía y qué necesidad!... porque el tiempo vuela.*

*Es dulce sentarse en un rincón a meditar y a escribir versos que digan: “¡Todo lo eres para mí! ¡Qué heroico alimentar la pena y negarse al consuelo!... Pero un nuevo rostro se asoma a mi puerta y levanta sus ojos a los míos... Enjugaré mi llanto y mudaré mi canción de melodía... porque el tiempo vuela.”*

(E. 46, *El Jardinero*, p. 152).

A Tagore se lo ha llamado poeta-místico, poeta santo, aunque algunas de sus obras sean un canto al amor humano; sin embargo, casi todo lo más representativo de su obra está dedicado a Dios, al que ningún credo religioso puede retener como suyo. Un Dios que se evade hasta de su propio nombre. Tagore vive en perpetuo vuelo, va y viene entre Dios y el mundo. A ratos llega tan lleno de El, que se le desbordan las palabras en oraciones y salmos de amor y alabanza.

*“Que sólo quede de mí, Señor, aquel poquito con que pueda llamarte mi todo.*

*Que sólo quede de mi voluntad aquel poquito con que pueda sentirte en todas partes, volver a Ti en cada cosa, ofrecerte mi amor en cada instante.*

*Que sólo quede de mí aquel poquito que nunca pueda esconderte.*

*Qué sólo quede de mis cadenas aquel poquito que me sujete a tu deseo, aquel poquito con que llevo a cabo tu propósito en mi vida: la cadena de tu amor.”*

(E. 34, *Gítánjali*, p. 193).

Y en su comunicación con Dios, nos sigue diciendo:

*“Mi oración, Dios mío, es ésta:  
 Hierde, hierde la raíz de la miseria en mi corazón.  
 Dame fuerza para llevar ligero mis alegrías y mis pesares.  
 Dame fuerza para que mi amor dé frutos útiles.  
 Dame fuerza para no renegar nunca del pobre ni doblar mi rodilla al poder del insolente.  
 Dame fuerza para levantar mi pensamiento sobre la pequeñez cotidiana.  
 Dame, en fin, fuerza para rendir mi fuerza, enamorado, a tu voluntad”.*  
 (E. 36, *Gitánjali*, p. 194).

Difícil es dejar de leer a Tagore y darle cabida a nuestros pobres comentarios. Su voz queda resonando, y mientras más veces leemos sus poemas, se tornan más profundos y misteriosos.

*“Guardé del viento la lámpara en mi manto, y la luz se me apagó. Apreté la flor contra mi corazón, ansioso de cariño, y se me quemó la flor. Apresé el agua porque fuese para mí, y se me secó la fuente. Quise llegar a un son que no alcanzaba mi arpa, y la cuerda se me saltó.”*

(E. 52, *El Jardinero*, p. 154).

En otros momentos el poeta está tan cerca de la unión con Dios, que su palabra arde con el mismo fuego, con la misma llama de amor viva que quema la lengua de nuestro San Juan de la Cruz.

*“Descubre tu presencia  
 y máteme tu vista y hermosura:  
 mira que la dolencia  
 de amor que no se cura  
 sino con la presencia y la figura”* (p. 569).

Escuchemos ahora a Tagore, confundido entre el amor y la muerte, entre lo humano y lo divino.

*“Amor, mi corazón anhela día y noche ese encuentro que ha de ser para mí como la muerte, devoradora de todo.*

*¡Arrástrame ante ti como un huracán; cójeme cuanto tengo; asáltame el sueño y llévate mis sueños; róbase todo este mundo mío; y sobre tal soledad, en la desnudez entera del espíritu, seamos uno los dos en hermosura!*

*Pero... ¡pobre afán de mi vida! ¿Cómo podré esperar esta unión última más que en ti, Dios mío?"*

*(E. 50, El Jardinero, p. 154).*

Si Tagore llegara hasta los muros de Avila, escucharíamos, como en un contrapunto, su voz y la de San Juan de la Cruz.

SAN JUAN:

*"¿Adónde te escondiste  
Amado, y me dejaste con gemido?  
como el ciervo huiste,  
habiéndome herido;  
salí tras ti clamando, y eras ido" (p. 570)*

R. TAGORE:

*"Sonreid, amigos, si queréis, porque persigo al ciervo dorado, pero yo seguiré y seguiré detrás de esta visión que se me escapa.  
A través de montes y valles, por tierras sin nombre, correré y correré detrás del ciervo dorado.  
¡Venid vosotros, en buena hora, al mercado, y volved cargados a vuestros hogares! A mí, no sé dónde ni cuándo, me ha cojido el hechizo de los vientos sin guarida.  
Cuanto tenía lo dejé caer en mi carrera. ¡Sólo me queda mi corazón libre!  
¡Y montes y valles, y tierras sin nombre, huyen de mí, que persigo sin fin al ciervo dorado!"*

*(E. 69. El Jardinero, p. 164)*

Samsara y Nirvana, apariencia y realidad, tiempo y eternidad, son uno y lo mismo.

El Nirvana consiste en ver la morada de la realidad tal como es, y no la realidad como nos parece. Por aquellos que son puros de corazón y pobres de espíritu, Samsara y Nirvana, apariencia y realidad, tiempo y eternidad, son experimentados como uno y lo mismo.

Alégrate en Dios todo el tiempo, dice San Pablo, pero para lograrlo hay que estar por encima del tiempo y libre de él. Y lo aclara aún más el maestro Eckhart, en una de sus citas, reproducida por Huxley: "El tiempo es lo que impide que la luz nos alcance. No hay mayor obstáculo para llegar a Dios que el tiempo. Y no sólo el tiempo, sino las temporalidades; no sólo los efectos temporales, sino la mácula y el olor mismo del tiempo" (p. 189).

Poetas de la eternidad y poetas del tiempo. En lo eterno nos dice Tagore que todo está hecho y concluido. Y hoy si tuviéramos tiempo, éste que para nosotros, occidentales, marcan los relojes, yo seguiría el camino de esta fina saeta de Tagore, para quien avidez es nuestra vida y pujanza nuestro deseo. Poeta de la eternidad y por ello de la Paz. Oriente y Occidente, tiempo y eternidad, caminan juntos de la mano del poeta indio y se encuentran en Santiniketan a la sombra de los tres grandes árboles bajo los cuales su padre meditaba en Dios.

Estos árboles aún hoy permanecen como vivo testimonio de ese ashram donde crece la paz, en Bolpur, a unas 33 leguas de Calcuta.

Santiniketan se alza como un faro en medio del campo. Es más que una escuela, el templo vivo de la luz, donde se ora en sánscrito y resuenan por los aires canciones que Tagore allí impuso al alba y al atardecer. Todo está lleno de su presencia. Huellas de su paso, vivencias de sus altos ideales, y, el templo, donde el Maharshi Devendranath Tagore, fundador del ashram dijo: *“Sólo se adora allí el invisible Dios único; y se darán las instrucciones necesarias para la reverencia, la alabanza, y la contemplación del Creador y Mantenedor del mundo, que sean fuente de buenas costumbres, de vida religiosa y de hermandad universal”* (Tagore, p. 1237). El templo no posee imagen ni altar, está rodeado de árboles y puede entrar por él el sol y salir la luna. Las clases en Santiniketan se dan bajo los árboles o en las galerías cuando no llueve. Allí la educación no consiste en el aprendizaje de cosas que pasados los exámenes se olvidan, sino de todo aquello que propenda al desarrollo del carácter respetando la forma que sea más natural. Maestros y alumnos habitan en los mismos pabellones y comparten su vida cotidiana. La edad de los estudiantes va de los seis a los dieciocho años; son de todas las castas y a su ingreso se les dice que están en libertad de observar o no las distinciones. No hay equipos caros ni nada que rompa el espíritu de la India: su sencillez y modestia de vida son los elementos más importantes de la verdadera educación. Y cuando Tagore habla de Santiniketan nos dice: *“Mi principal objeto, al fundar mi escuela de Bolpur, fue la educación espiritual de los muchachos... y más adelante agrega...”*. *Con este ideal en mi pensamiento, de una escuela que fuese a un tiempo hogar y santuario, donde la enseñanza fuera parte de una vida de fervor, elegí este lugar apartado de las distracciones ciudadanas y santificado por el recuerdo de una vida piadosa, cuyos días se pasaron en él en comunión con Dios. Y continúa: “la primera ayuda que reciben nuestros estudiantes, en este camino, es el cultivo del amor por la Naturaleza y de la simpatía por todos los seres vivos”* (Tagore, p. 1256)

*“A veces me pregunto qué es lo que separa al hombre de la bestia, cuyo corazón no entiende lengua humana alguna.*

*¿Por qué remota mañana, de qué primer paraíso, de qué creación, iba el sendero claro por donde sus dos corazones se entendían? Pues las huellas de su andar gemelo no se han borrado aún, aunque su parentesco se haya olvidado hace tanto tiempo...*

*De pronto, en una música sin palabras, el recuerdo dormido se despierta; y la bestia mira al hombre en los ojos con una confianza tierna, y el hombre mira en los ojos a la bestia con indulgente sonreír. Parece que los dos amigos se reconocieron vagamente a través del disfraz...”*

(E. 79, *El Jardinero*, p. 170).

La música es para ellos una inmensa ventaja, ya que las canciones no son del tipo corriente del himno, didáctico y seco, sino que están llenos de la alegría lírica que le fue posible conseguir a su autor.

*“Por las mañanas y los anocheceres se les dan quince minutos para sentarse en el campo abierto preparándose a la oración. Nunca los vigilamos, ni les hacemos preguntas de lo que piensan en estos instantes; esto lo dejamos enteramente a ellos, al espíritu del lugar y de la hora, y a la sugestión de la misma costumbre. Para su enseñanza, más que con el esfuerzo consciente, contamos con las asociaciones del lugar y con la vida diaria de adoración; con la influencia subconsciente de la naturaleza”.* (Tagore, p. 1257)

Es así como en la naturaleza se aprende el orden divino. Toda su obra es una ofrenda lírica, cósmica, reflejo de la armonía de ese cosmos. Perfume hecho canción, cuántas veces sale el sol y cuántas se pone para darle el paso a las estrellas, que todo nace y renace como la flor, el viento, el río, la nube pasajera. Y ¿nosotros?: *“Pasé —nos dice— sin darme cuenta, el umbral de esta vida, ¿Qué poder fue el que me hizo abrir en este inmenso misterio, como un capullo a medianoche, en el bosque?”* (Tagore, p. 1257)

Sin darnos cuenta trasponemos los umbrales. La voz de Tagore, su lírica, nos aproxima a los elementos primarios de la naturaleza, a los grandes temas universales; aquello que vive en el hombre y busca morada en su palabra para sentirse expresado, pero sin que por ello se revele su arcano. Porque la poesía de Tagore, en su transparente sencillez, trasmite el temblor del misterio, la eternidad de la belleza y el ansia de querer descifrarla.

Tagore y la belleza han hecho un supremo pacto. Ella le ciñó con su serena veste, le dio ese solemne porte, digna actitud y fina gracia; el don de ser pródigo con los demás, y dejó en sus ojos dos aposentos para la profunda noche. El siguió sus pasos, y sus reflejos iridiscentes por el agua, el vuelo de sus pájaros y el dolor de su sangrante herida por el cielo de la tarde. Aprendió de Ella sus oraciones al Señor.

*“Acéptame, Señor; cójeme este rato; y que se lleve el olvido los días huérfanos que pasé sin ti.*

*Tiende este momentillo mío, descansadamente, en tu falda, y tenlo bajo tu luz.*

*He vagado persiguiendo voces que me atraían, pero que no me llevaron a ninguna parte.*

*¡Déjame ahora que me siente, tranquilo, a escuchar tus palabras en el corazón de mi silencio!*

*¡No apartes tu cara de los oscuros secretos de mi alma, sino enciéndelos hasta consumírmelos en tu fuego!”*

*(E. 4, Tránsito, p. 310).*

Y seguiríamos y seguiríamos sin detenernos por la belleza en Tránsito. Es como encontrarse al fin con Dios en esta “lírica breve”.

Del hinduismo y del budismo recoge también este sentido de eternidad.

Cristiano, gentil, judío, el amor universal da toda la fuerza del corazón a Dios, permite amar a todos los hombres como a nosotros mismos.

Tagore, a igual que Gandhi, el Mahatma (el alma grande), no rinde homenaje ni a hombres ni a ideologías, ni acepta tampoco los de ninguna potestad de este mundo. Recibió el Premio Nobel de Literatura en 1913. Por esos años y varios después, la India se ofrecía en el más grande de los holocaustos por la no violencia. Esta masacre arrasó de dolor el alma de Tagore, que se unió a su pueblo como otro apóstol más de la no-violencia. Cuando el gobierno inglés, tras la universal consecución de su fama, le otorga el título de Sir, él renuncia lleno de la santa y saludable dignidad del hombre a quien ningún poder o gloria de este mundo va a añadir un jeme a su estatura, y porque no puede aceptar reconocimientos de un país que desprecia y asesina a sus hermanos. Desde entonces y hasta hoy, los más altos representantes de la India, en cualquier continente, rechazan al igual que Tagore y siguiendo su ejemplo, cualquier título u honor con que los gobiernos de este mundo pretenden honrarlos.

El 23 de diciembre de 1921, inaugura solemnemente la Visva Bharati, o Universidad Internacional en Santiniketan. Une allí en un mismo sueño a Oriente y Occidente. Los plúteos de sus bibliotecas están más que de donaciones de libros, plétóricos del fervor que su presencia y su ideal de Universidad, despierta en Europa. Cualquiera que trasponga los umbrales de Santiniketan no puede seguir siendo el mismo. La transformación del espíritu es tan evidente, que trasciende, no sólo en otra visión del mundo, sino en gestos, actitudes, y hasta en los más nimios detalles. La cultura universal imprime allí su huella, y felices son aquellos que la reciben.

¿Qué hemos dicho nosotros de Rabi, el Sol, Indra-Rey de los dioses, Rabindranath, rey del sol-rey de los dioses? Nada, ni una sola palabra que se aproxime a lo que él es. No he clasificado su obra, ni he dado fechas ni nombres. Hay que encontrarse con el sol en su cielo. Nos espera con todas sus lámparas encendidas. Nunca nadie nos esperó así, ni nos abrió tan hondo la verdad de su propio corazón, y su ferviente anhelo, invocando a la madre: “*¡llévanos de lo irreal a lo real, de la oscuridad a la luz, de la muerte a la inmortalidad!*” (Tagore, p. 1283).

Escuchemos el último murmullo de su voz allí, bajo el chatim en flor:

“¿Dónde puedo encontrarte si no es en este mi hogar hecho tuyo? ¿Dónde puedo reunirme contigo si no es en este mi trabajo? Si yo dejo mi hogar no llegaré a tu hogar. Si yo termino mi trabajo no podré nunca reunirme contigo en tu trabajo. Porque tú moras en mí, y yo en ti. Tú sin mí, o yo sin ti, no somos nada.”

#### ABSTRACT\*

The author explores the relationship between Tagore's life and his poetic creativity through comments on texts especially selected by her. Her contention is that Tagore is predominantly a lyrical poet, and that the use of the Bengali language had a marked influence on his work, a considerable part of which remains still unpublished. Prof. Lolas also asserts that the true evolution of Tagore's work is to be found in his constant search for the Divine, and that his wide acceptance within Western culture in no sense detracts from his Asiatic essence.

#### BIBLIOGRAFÍA

- BHAKTIVEDANTA, A.C., *Bhagavad Gita Tal Como es*. Edición Completa. The Bhaktivedanta Book Trust. México, 1975.
- HUXLEY, Aldous, *The Perennial Philosophy*. Harper and Brother Publishers. New York and London, 1945.
- SAGRADA BIBLIA, versión sobre textos originales, introducción y notas bajo la dirección de los padres Pedro Franquesa y José María Solé, Misioneros Claretianos. Ed. Regina, Barcelona, 1966.
- SAN JUAN DE LA CRUZ, *Canciones entre el Alma y el Esposo*. Obras de San Juan de la Cruz. Tipografía de “El Monte Carmelo”. Burgos, MCMXXV.
- SOARES, Anthony (comp.), *Lectures and Addresses by Rabindranath Tagore*. Mac Millan and Co. Limited, London, 1955.
- TAGORE, Rabindranath, *Obra Escogida*. 3ª. Ed. Aguilar, Madrid, 1958. Traducido del bengali por Zenobia Camprubí de Jiménez.

#### BIBLIOGRAFÍA RECOMENDADA

- BHATTACHANJA, Vivek, *Tagore-The citizen of the World*. First Edition Metropolitan Book Co. Private Ltd., Delhi, may, 1961.
- CHAKRAVARTY, A *Tagore Reader*. The Mac Millan Company, London, 1961.
- TAGORE, Rabindranath, *On the edges of times*. First Published, Orient Longmans Private Ltd. India, 1958.
- TAGORE, Rabindranath, *Creative Unity*. Bruce Page at the E.S.S.D. Press, Calcuta, 1959.
- TAGORE, Rabindranath, *Towards Universal Man*. Asia Publishing House, Visva Bharati, Santiniketan, 1961.

\*Los abstracts han sido escritos en inglés por el profesor Rodolfo Rojo, del Departamento de Literatura de la Facultad de Filosofía, Humanidades y Educación.